

EL PROBLEMA DE LAS CLASES SOCIALES EN EL ÁFRICA NEGRA *

Que los conceptos sociológicos suelen tener implicaciones ideológicas claras es algo que, sobre todo después de los trabajos de Scheller y de Mannheim, parece, evidente. En este sentido, el concepto de “clase social” responde más a un contexto histórico-cultural concreto, determinado por tensiones reales cuya especificación no resultaría demasiado difícil realizar, que a exigencias y motivaciones —si es que existen— exclusivamente científicas. La ciencia social, en general, se nutre de los argumentos que la realidad social le proporciona. Por eso, el propio Mannheim pudo escribir, con razón, “que mientras que la sociología dirigió su atención en Europa a la gravísima tensión existente entre las clases, en América, por el contrario, donde existía en el campo económico un libre juego más amplio, no se consideró el problema de las clases como el más importante de la sociedad, tomándose en cambio en cuenta las cuestiones de técnica y organización social”.¹ Desde estas perspectivas ¿qué sentido tiene explicar la sociedad africana desde la categoría de “clase social”? ¿es que los conceptos elaborados por la mentalidad occidental europea tienen validez universal?

El carácter ideológico de la conceptualización sociológica a que acabamos de aludir se refleja en las dos posiciones extremas desde las que se suele responder a esta pregunta.

Por un lado, los autores que parten de un punto de vista marxista, más o menos ortodoxo, sostienen que cabe explicar la realidad social africana desde las luchas y confrontaciones de clase. Ziegler, por ejemplo, escribe en su obra *Sociologie de la nouvelle Afrique*: “Según una afirmación que intentaremos demostrar, los complots, insurrecciones, golpes de Estado y asesinatos políticos que en su versión sangrante marcan la historia contemporánea de África proceden de un fenómeno común: la lucha de clases antagonistas

* Artículo publicado en *Estudios de Deusto*, vol. XX, fasc. 47 (septiembre-diciembre), 1972, Bilbao.

¹ Karl Mannheim, *Ideología e Utopía*, Bologna 1957, p. 257.

por el control del Estado y del poder".² Con más o menos variantes, es la tesis sostenida por R. Barbe en *Les classes sociales en Afrique Noire*,³ por Abdoulaye Ly en *Les Masses africaines et l'actuelle condition humaine*,⁴ por Majhemout Diop en su *Contribution à l'étude des problèmes politiques en Afrique Noire*,⁵ etcétera.

Por otro lado, aparece la opinión de que es imposible aplicar la noción de clase social (característica de nuestra historia y de nuestra cultura) fuera de las llamadas sociedades occidentales, y por eso, todos los intentos de comprender el mundo africano desde esa categoría resultarían simples mixtificaciones. Es la postura defendida por Fallers en *Social Class in Modern Buganda*.⁶ Corriendo el riesgo implícito en todas las simplificaciones cabría encuadrar en esta misma línea los trabajos de Potekhin, Mercier, Balandier, y, hasta cierto punto, los de H. Hunter, Peter Worsley, Joan Davies,⁷ etc.

Son las particulares condiciones en que se ha producido la evolución social africana las que han llevado no sólo a teóricos y sociólogos africanistas, como los que acabamos de citar, sino a los propios políticos — como Leopold Senghor, Sekou Toure o Julio Nyerere — a sostener la inoperancia que el esquema clasista tiene en aquel contexto histórico. Frente al concepto de clase se enarbola así, por ejemplo, como mucho más significativo e importante el concepto de raza o de familia. Worsley sostiene a este respecto "que el etnicismo en la actual fase de desarrollo de los nuevos países africanos, por lo menos, es un lazo mucho más importante entre los hombres que las clases".⁸ Y si Senghor reprochó en alguna ocasión a los jóvenes marxistas del Senegal de no estar lo suficientemente descolonizados, en la medida que aceptaban una teoría política de

² Jean Ziegler, *Sociologie de la nouvelle Afrique*, Gallimard, Paris 1964, p. 12.

³ R. Barbe, *Les classes sociales en Afrique Noire*, Editions Economie et Politique, Paris 1964.

⁴ Abdoulaye Ly, *Les masses africaines et l'actuelle condition humaine*, Présence Africaine, Paris, 1956.

⁵ Majhemout Diop, *Contribution à l'étude des problèmes politiques en Afrique Noire*, Paris, 1960. — M. Diop, *Introduction à la vie politique africaine*, Paris, 1955.

⁶ L. A. Fallers, *Social Class in Modern Buganda*, East African Institute, 1957. — L. A. Fallers, *La estratificación social y los procesos económicos en Africa*, en "La estructura de las clases", E. Tiempo Nuevo, Caracas, 1970, p. 145.

⁷ I. Potekhin, *Land Relations in African Countries*, en "Journal of Modern African Studies", I, 1, 1963. — Paul Mercier, *Les classes sociales et les changements politiques récents en Afrique Noire*, en "Cahiers internationaux de Sociologie", Vol. XXXVIII, 1965. — George Balandier, *Problématique des classes sociales en Afrique Noire*, en "Cahiers internationaux de Sociologie", Vol. XXXVIII, 1965. — G. Balandier tiene otras dos importantes al respecto: *Les pays en voie de développement*, Cours de Droit, 1961, y *Sociologie des Brazzavilles noires*, Paris, 1955. — G. Hunter, *The New Societies of Tropical Africa*, Oxford Univ. Press, 1962. — Peter Worsley, *El Tercer mundo*, Siglo XXI, México, 1966. — Joan Davies, *African Trade Unions*, Penguin, Harmoudworth, 1966.

⁸ P. Worsley, *op. cit.*, p. 155.

importación, Sekou Toure, a pesar de sus inclinaciones marxistas, patentizó más de una vez su descendencia de Almany Samory —un héroe de la resistencia a la conquista francesa del siglo XIX— poniendo de relieve de esta manera su africanismo indudable. Quiere indicarse con esto —como demostraremos más adelante— que en la historia de África las tensiones de clases estuvieron substituidas, o bien por las tensiones familiares o de raza, o bien por las tensiones entre colonizadores y colonizados. Lo que dio lugar a una tercera tesis, en cierto modo paralela a las dos anteriores que acabamos de anunciar.

Nos referimos al panafricanismo que, partiendo de una homogeneidad social africana, y de la profunda solidaridad de ella derivada, no sólo no admite la separación en clases de la sociedad, sino que, pasando del orden de los hechos al orden de los valores, intenta evitar que pueda aparecer cualquier tipo de tensión clasista. Nyerere expresa esta opinión cuando dice: “La existencia de dos o más partidos políticos supone la existencia de una sociedad con una estructura de clases, y nuestra meta es evitar el nacimiento en nuestro país de clases sociales y económicas.”⁹ Es en esta veta de pensamiento donde se produciría una disyuntiva ideológica como encuadradora del futuro de África: frente al marxismo se colocaría el panafricanismo como alternativa. Postura mantenida por Padmore y ampliamente argumentada por los intelectuales americanos partidarios de la descolonización y de la no alineación, tal y como fue concebida por los dirigentes de la política de “la nueva frontera”.

¿En qué medida el panafricanismo es una ficción ideológica o tiene una dimensión real? Para responder a esta pregunta nos limitamos —sin más comentarios— a transcribir los resultados de la encuesta que sobre la idea de una Nación africana como totalidad, se formuló a una serie de estudiantes negros residentes en Francia, tal y como se recogen en el libro de N'Diaye *Elites africaines et culture occidentale*.¹⁰

⁹ Citado por Jack Woddis, en *L'avenir de l'Afrique*, Maspéro, París, 1964. p. 138.

¹⁰ Jean-Pierre N'Diaye, *Elites africaines et culture occidentale*, Présence africaine París, 1969, p. 113.

Confrontación de la idea de Nación

(Porcentaje de respuestas afirmativas, sobre un total de 162 interrogados)

— En oposición a la idea de Nación, limitada en Europa a cada Estado, ¿la idea de Nación en África se refiere a todo el continente? ¿La Nación africana es toda África?	62 %
— ¿la idea de Nación es nueva en África? En todo caso, ¿es más antigua en Europa?	36 %
— ¿Es lo mismo en Europa que en África?	32 %
	<hr/>
	130 % *

En todo caso, lo que se deduce de todo lo anterior es que, puesto que las implicaciones ideológicas son constantes, la única manera posible de eludir el análisis parcial que cualquier tipo de esquema ideológico impone es descender al estudio de la realidad concreta. Ahora bien, la realidad actual del África negra se presenta en su configuración social como resultado de una evolución en la que los elementos indígenas tradicionales se entremezclan a las aportaciones positivas y negativas recibidas a consecuencia de la época colonial y de la lucha por la independencia. De donde deriva que la elaboración del propio aparato metodológico para realizar una interpretación adecuada resulte complicado. Junto a los estudios y enfoques de la etnología cultural propios para el análisis de las sociedades primitivas anteriores incluso a la colonización, aparecen las descripciones sociológicas más modernas. Junto a los posibles supuestos reales propios de la estructuración y estratificación de la sociedad moderna, aparecen los supuestos mágicos, míticos y religiosos de la sociedad tradicional.

Fallers ha puesto de manifiesto con claridad que la estratificación social procede básicamente de la división del trabajo. Ahora bien, a la diferenciación de funciones que la división del trabajo impone, el proceso cultural y social otorga unos roles determinados. Con lo cual, la estratificación social no aparece sólo como fenómeno económico, sino que se manifiesta también —siguiendo a Parsons¹¹— como resultado de la tendencia humana a juzgar a los hombres

* La suma de % es superior al 100%, ya que las tres categorías de respuestas no se excluían mutuamente. (Las respuestas de varios estudiantes fueron afirmativas a la primera pregunta y a alguna de las otras dos.)

¹¹ Fallers, en *Estratificación social...*, *op. cit.*, sigue en esto la tesis de Talcott Parsons, en *An Analytic Approach to the Theory of Social Stratification. Essays in Sociological Theory*, New York, 1954, pp. 69 a 88.

“mejores” o “peores” según un concepto cultural de bien. Lo que obligaría, ineludiblemente, al análisis de los procesos culturales africanos para determinar debidamente sus sistemas de estratificación social. Puesto que la cultura ordena y enjuicia las tareas y las profesiones según una escala de valores, se hace necesario determinar desde el estudio de los procesos culturales esos órdenes de valoraciones. En este sentido la incidencia cultural colonizadora no ha eliminado, como en más de una ocasión se ha pretendido falsamente, los sistemas de integración y valoración social africanista. Así se explica que Maquet,¹² por ejemplo, siguiendo una línea de autores importantes haya pretendido explicar el proceso social y las tensiones en Ruanda, no en función de la categoría de clase, sino en función de la categoría de casta. Lo que justificaría, además —como observa Balandier¹³— la existencia de hechos, desde nuestra mentalidad paradójicos, pero claros y evidentes desde la perspectiva africana. Tal sería por ejemplo, el hecho de que Katanga, minera e industrial, disponiendo de una población obrera relativamente numerosa no sea, sin embargo, la más revolucionaria de las provincias del antiguo Congo Belga, sino al contrario.

Que en un estudio medianamente riguroso de la estratificación social haya que tener en cuenta la evolución del proceso cultural, no quita, sin embargo, la importancia que juega la evolución de la ordenación de la estructura económica. En este sentido lo que ha ocurrido ha sido que al ser la evolución cultural más difícil de aprehender intelectualmente, el análisis en términos cuantitativos y descriptivos desde los que se puede sistematizar la evolución social y económica ha permitido una comprensión de ésta mucho más acabada. La incidencia cultural del África indígena y tradicional en la realidad actual sólo puede expresarse en aproximaciones. Tal es el caso de los supuestos que se recogen en los siguientes gráficos, donde se expresan los resultados de una encuesta formulada a estudiantes negros africanos en Francia, y que versaba sobre dos puntos:¹⁴

- 1) El cambio o evolución de ciertas ideas en África.
- 2) La incidencia que sobre dicho cambio podía observarse en los estudiantes africanos formados en Europa.

¹² J. J. Maquet, *La participation de la classe paysanne au mouvement d'indépendance du Rwanda*, en “Cahiers d'Etudes africaines”, 16, 1964.

¹³ G. Balandier, *Problématique...*, *op. cit.*, p. 139.

¹⁴ El contenido y gráficos de la encuesta están sacados de J. P. N'Diay-, *op. cit.*, pp. 142 y ss.

GRÁFICO 1

(Posición dinámica de cada noción)

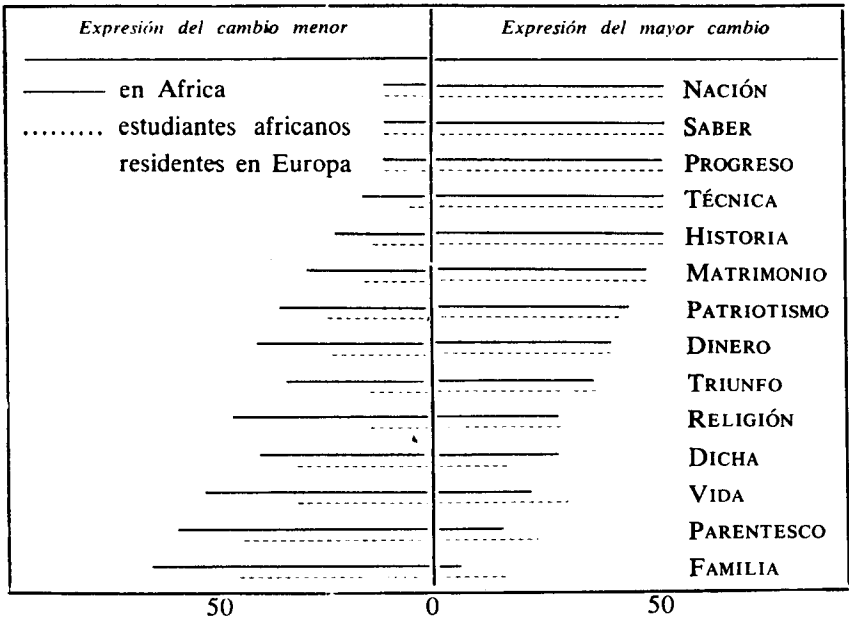
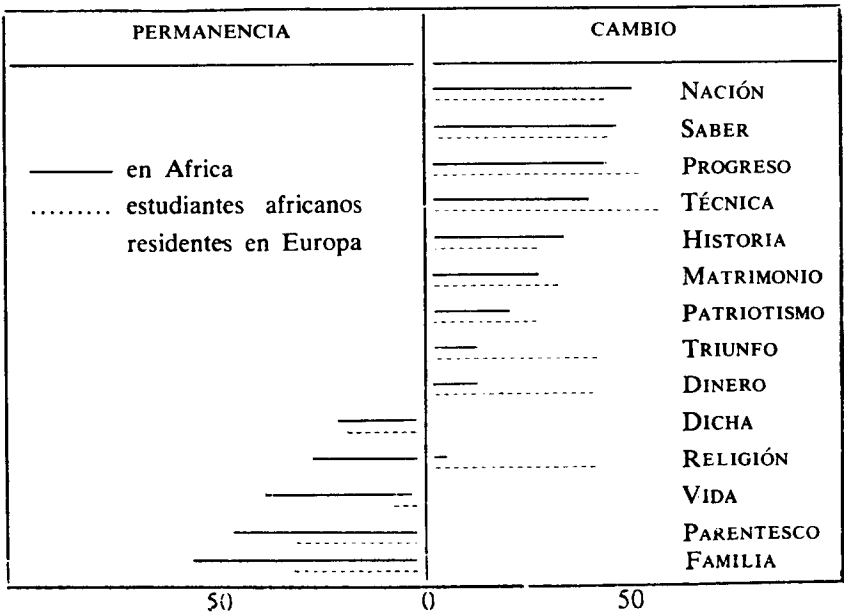


GRÁFICO 2

(Expresión simplificada de la posición de cada noción. Suma algebraica de los resultados expresados en el gráfico 1)



En los gráficos cada trazo horizontal corresponde a cada una de las nociones. En trazos gruesos lo que concierne a los africanos de África, en punteado lo que concierne a los que viven en Europa y contestaron a la encuesta. A la derecha del eje central está la zona de cambio, a la izquierda la zona de permanencia (no cambio). En el primer gráfico figura a la vez el índice de cambio (a la derecha) y de no cambio (a la izquierda) para cada noción. La longitud del trazo marca la intensidad relativa del cambio a la permanencia.

En el gráfico 2 aparece una expresión simplificada de la suma algebraica de los índices (negativo-positivo).

Como puede apreciarse las nociones de familia y parentesco son las que delatan un índice más elevado de permanencia. Lo que explicaría la imposibilidad, o en todo caso la lentitud con que surgen las ideas de clase. Worsley escribe claramente en este sentido: "La probabilidad de que surja una conciencia y una organización de clase entre las inestables poblaciones urbanas es mínima... En las ciudades los hombres siguen manteniendo lazos con el campo y puesto que pertenece a asociaciones étnicas proporciona identidad social y servicios verdaderos, el etnicismo sigue siendo crucial. El recién llegado se establece por lo común con compañeros de tribu ya establecidos, por quienes encuentra un empleo o de quienes vive en lo que los franceses llaman *parasitage familiale*."¹⁵

Sin embargo, cuando del plano de la evolución o no evolución cultural se pasa al plano de la evolución económica, con sus correspondientes implicaciones sociales e incluso culturales, cambian las perspectivas. La cuestión ya no se plantea tanto en términos de saber si la estructura social africana del presente permite hablar de clase social, como categoría explicadora, cómo de conocer si los esquemas de producción del mundo desarrollado no terminarán generando forzosamente la aparición de unas clases sociales contrapuestas que eliminen incluso los actuales sistemas sociales de valores.

A nivel teórico se ha producido así una doble constatación por algunos sociólogos africanistas y políticos africanos que podríamos resumir en las siguientes proposiciones:

1) No se puede hablar, de momento y con rigor, de la existencia de clases sociales en África como se habla, por ejemplo, en Europa.

2) Lo que no significa que, de algún modo, y en un futuro más o menos próximo, no aparezcan clases sociales.

¹⁵ P. Worsley, *op. cit.*, p. 155.

Son las tesis de Davies,¹⁶ por ejemplo, expresivamente mantenidas también por Kouyaté, ministro de la República de Malí en su comunicación al Coloquio sobre las vías africanas del socialismo, celebrado en Dakar en 1962. Decía entonces Kouyaté: "Nuestros países se abren a la iniciativa privada extranjera. Un proletariado nacerá. Si hoy las clases no existen, los obreros del mañana, nacidos del capital privado se verán destinados al papel histórico de clase revolucionaria. La afirmación de la inexistencia de clases es una constatación actual, pero que quizá mañana no se podrá verificar."

Planteado el problema de este modo, de lo que se trataría fundamentalmente sería de descubrir las líneas de la evolución de la organización social africana, analizando en qué medida, desde qué supuesto y en qué sentido, se puede hablar de transformaciones estructurales profundas. A este respecto, como es sabido, los autores distinguen tres etapas conformadoras de la vida social africana radicalmente diferentes: la etapa precolonial, la etapa colonial y la etapa postcolonial.¹⁷ Aunque sea brevemente quizá convenga comenzar por señalar algunas de las notas más significativas que, en lo que al tema de las clases se refiere, caracterizan estas tres etapas:

1) En la etapa precolonial, donde predomina el sistema social del clan, la diferenciación y las desigualdades sociales, a nivel general, son mínimas. La jerarquía social expresa directamente la posición con relación al poder. Así en Ouganda se pudo distinguir a los aristócratas detentadores de los puestos político-administrativos y los hombres comunes, los llamados ba-kopí. Como justificación de esta estructura suelen aparecer sistemas mítico-ideológicos que han conducido a algunos autores a explicar el Estado tradicional africano en términos de régimen de castas o pseudo-castas. Tal es la tesis por ejemplo de Maquet en su trabajo: "Le système des relations sociales dans le Rwanda ancien."

2) En la etapa colonial la influencia de los estados colonizadores supone, como es obvio, una emergencia que destruye algunos supuestos tradicionales. Aparecen profesiones nuevas como producto de la introducción tecnificadora occidental que dan lugar a pequeñas, aunque numéricamente mínimas, alteraciones en la estructura social. A este respecto Balandier distingue:

¹⁶ Davies, *op. cit.* En un sentido parecido ver R. Depinay, *Les difficultés spécifiques du socialisme en Afrique*, en "Temps Modernes", n° 215, 1964, pp. 1799 a 1807. — Idem, *L'Afrique Noire entre le neo-colonialisme et le socialisme*, en "Temps Modernes", n° 216, Paris, 1964, p. 2013.

¹⁷ Seguimos fundamentalmente la exposición de Balandier en *Problématique*, *op. cit.*, pp. 134 a 136.

- a) Agentes del poder colonial, tanto en el aspecto político como económico.
- b) Agentes de la occidentalización (miembros de la enseñanza del clero).
- c) Plantadores ricos.
- d) Comerciantes y pequeños empresarios.
- e) Trabajadores asalariados organizados (o no) en grupos profesionales.

Es en este último grupo donde Balandier pretende, en su obra *Sociologie des Brazzavilles noires*, encontrar el origen de un incipiente proletariado africano.

Sin embargo, difícilmente podría hablarse de cambios fundamentales en la organización social. A ello contribuyen dos órdenes diferentes de razones:

En primer lugar, el desarrollo económico y los procesos de modernización se mantienen en estrechos límites: el colonizador los orienta y dosifica en función de sus propios intereses.

En segundo lugar, la situación de dependencia impide la creación de clases superiores en el seno de las propias comunidades africanas, eliminando con ello la separación diferencial entre clases superiores e inferiores. Como indicábamos antes, frente a las tensiones de clase aparecen, a lo sumo, las tensiones de raza o las tensiones entre colonizador y colonizado que habrían de desarrollarse de una manera precoz en la época de la independencia.

3) Por último, en la etapa post-colonial, la especial configuración social de la época colonial ha de jugar una influencia decisiva. Las tensiones colonizadores-colonizados de la etapa anterior se han de reflejar como demuestra Hauser, en *Les élites sénégalaises* y en *L'émergence des cadres de base africains dans l'industrie* (comunicaciones presentadas en Ibadan, en julio de 1964), en el mantenimiento de la sumisión colectiva al sistema de jerarquías, órdenes y "castas artesanales" tradicionales. Incluso en Senegal, donde se inicia la modernización con un sentido socialista, se habla así de un "socialismo africano" que, en lugar de apoyarse en los conflictos de clase busca otros motivos justificadores. En un discurso de L. S. Senghor, publicado en *Afrique-Express*, 33, en 1962, se explicita claramente esta idea cuando dice: "Un socialista actual no puede tener otro ideal que el de suprimir, no las desigualdades de clase en el interior de la nación, sino las desigualdades que resultan de la

división del mundo en Estados desarrollados y Estados subdesarrollados.”

Quizá la conclusión fundamental a que podría llegarse después de esta rapidísima ojeada histórica sería que un análisis de los elementos de cohesión de las sociedades africanas no puede prescindir del particularismo histórico que caracteriza a dichas sociedades. Ahora bien, si esto es cierto: ¿en qué medida resulta lícito metodológicamente aplicar categorías que responden a unos supuestos estructurales e ideológicos diferentes? Cuando Ziegler emplea la categoría de clase social, es precisamente consciente de esta dificultad, procurando extraer una definición de clase de Marx, expresada en el “18 de Brumario de Luis Bonaparte”, en la que se caracteriza ésta como: “género de vida común, cultura, más conciencia de clase”. Como puede apreciarse se trata de una definición formal, aparentemente viable con cualquier tipo de sociedad y de cultura. Con lo cual, para hacer operativo al marxismo, Ziegler termina por desnaturalizar al marxismo, superando los cauces de la realidad capitalista para los que y desde los que, en definitiva, fue pensado. Sin embargo, se da también en él —y es esto lo que importa señalar— el reconocimiento tácito de la influencia de los valores tradicionales africanistas en la conformación social africana del presente.

Después de cuanto llevamos dicho se puede sintetizar ya una serie de razones por las que se hace singularmente difícil el análisis de las clases y la estructuración social africana. Son las siguientes:

1) En primer lugar, por la necesaria influencia de los elementos culturales y estructurales del pasado que determinan objetivamente un tipo de sociedades originales a las que difícilmente se puede aplicar, sin más, la metodología sociológica tradicional, sin forzar dicha metodología.

2) En segundo lugar, la diversidad de situaciones ante las que dada la abigarrada policromía de África debe colocarse el observador que, en rigor, no puede partir de un modelo estructural único. Esta policromía viene dada por una serie de factores como: la variedad en los tipos de sociedades tradicionales, las distintas formas de incidencia en ellas de las diferentes colonizaciones (la influencia inglesa, por ejemplo, no se ejerció con las mismas modalidades que la francesa o la belga, y a la inversa), las divergencias surgidas a raíz de la independencia con motivo de las diferencias de matiz de los regímenes políticos, etc.

3) En tercer lugar, se presenta la ausencia de un material estadís-

tico importante. Se poseen datos proporcionados por la Comunidad Económica para África de las Naciones Unidas, por la FAO, por la UNESCO, que están llevando a cabo una ingente labor en este sentido. A ellos habría que añadir los resultados de los trabajos de Lord Hayley, de Hodgkin, de Osende Afana, de Kenneth W. Grundy,¹⁸ etc., o de los autores ya citados en otros lugares. Sin embargo, dada la complejidad del tema, el material resulta aún insuficiente.

A la vista de estas razones y puesto que, a pesar de todo, existen una serie de rasgos comunes que tipifican a la mayoría de las sociedades africanas, parece lo más oportuno que centremos nuestro estudio en esos caracteres comunes. A este respecto los autores suelen estar de acuerdo en los siguientes puntos:

- 1) Predominio del campesinado y la vigencia de las formas de vida unidas a la condición agraria.
- 2) Poca importancia del proletariado industrial, pero situación estratégica de esta clase para el futuro político próximo.
- 3) La integración de una clase política dirigente por las profesiones liberales, los funcionarios, empleados y pequeños comerciantes.

Campesinado, proletariado y burguesía

Como advierte Fernando Morán¹⁹ el primer dato que arrojan las estadísticas y encuestas es, sin la menor duda, el predominio de las estructuras agrarias. En cierto modo excepciones a esta regla general son los casos de Zambia y la República Sudafricana, como consecuencia esta última de la política de apartheid territorial que favorece la conservación de las estructuras tradicionales y tribales. Como es obvio afirmaciones tan generales como las que acabamos de realizar exigirían matizaciones. El desarrollo industrial de ciertos estados o de ciertas regiones dentro de un mismo estado disminuye notablemente este predominio de la agricultura. Es lo que ocurre en Katanga o Nigeria, por ejemplo, con la expansión de las fundiciones y explotaciones mineras, aunque este proceso haya sido llevado a cabo por compañías extranjeras como la "Union Minière" o la "African Timber and Plywood." Barbé y Osende Afana²⁰ han

¹⁸ Lord Hailey, *An African Survey*, Oxford University Press, 1959. — T. Hodgkin, *Nationalism in Colonial Africa*, F. Muller, Londres, 1956. — Osende Afana, *Partisans*, n° 10, Paris, 1963. — K. W. Grundy, *The class struggle in Africa*, en "Journal of Modern African Studies", vol. 2, n° 3, 1964.

¹⁹ Fernando Morán, *El nuevo reino*, Madrid, 1967, p. 159.

²⁰ Osende Afana, *op. cit.*, pp. 63-66.

establecido a este respecto que los índices de población rural varían de menor a mayor desde la costa al interior, donde predomina el pastoreo y la agricultura de subsistencia. La razón es clara habida cuenta que la costa es el medio más apto para el desarrollo del comercio y la implantación de factorías industriales. En todo caso —y según los datos estadísticos— los contingentes de la población agrícola son abrumadores: Malí y Chad alcanzan el 90%; Costa de Marfil llega al 95%; el Camerún al 90%; el Senegal al 80%; Congo Brazzaville al 71%; y en la misma Nigeria sobrepasa el 71%.

Si estos datos son ciertos la pregunta que se impone es: ¿cómo se estructuran socialmente estas masas ingentes de campesinos? El propio Osende Afana realiza a este respecto una clasificación tripartita distinguiendo tres grupos de campesinos: campesinos ricos, campesinos medios y campesinos pobres. Sin embargo, esta clasificación podría inducir a confusión. Como su propio autor reconoce las diferencias entre el campesino rico y pobre suelen ser limitadas. Suficientemente expresivo es el cuadro elaborado por la FAO en 1956, según el cual la estructura del campesinado oeste-africano sería la siguiente:

<i>Clases Sociales</i>	<i>Porcentaje de población total</i>	<i>Superficie media por persona</i>
Campesinos ricos	10%	más de 10 ha.
Campesinos medios	60%	de 2 a 10 ha.
Campesinos pobres	30%	menos de 10 ha.

Esto significa, en definitiva, que la estructura agraria viene determinada por el predominio de pequeños propietarios en explotaciones, en la mayor parte de los casos, de subsistencia y bajo formas de organización de trabajo familiar. Pueden existir excepciones. Así Barbé señala que en el Senegal el 14% de los propietarios lo son del 43% de las tierras. Pero la regla general es la otra. Lo que equivale a decir que las tensiones entre campesinos no existen, o si existen son limitadas.

Ahora bien, frente a la figura del pequeño agricultor africano aparece, en muchos países, la del gran plantador europeo que ha permanecido incluso después de la colonización. Dueño no sólo de grandes latifundios, sino además, encargado de la comercialización de los productos de exportación, aparece así como el verdadero do-

minador de la agricultura africana. Worsley recuerda en este sentido el caso flagrante de la United Africa Company que, en Nigeria, asociada con otras cinco firmas comerciales, formó en 1949 la Association of West African Merchants que controlaba el 66% de las importaciones nigerianas y el 70% de las exportaciones.²¹ Lo que significa que, a nivel objetivo, situaciones como ésta se podrían presentar como fuente de tensiones. De hecho así ha ocurrido tanto a nivel práctico como a nivel teórico.

A nivel práctico, es evidente que en los países de establecimiento de colonias de asentamiento —settlement— (caso de Kenya o Rhodesia, por ejemplo) la cuestión de la tierra se une a la cuestión anticolonial y es su principal motor.

A nivel teórico, autores como F. Fanon en *Los condenados de la tierra*, o Abdoulaye Ly en *Les masses africaines et l'actuelle condition humaine*, propugnan un revolucionarismo campesino como consecuencia de la necesaria protesta a su lamentable condición.

Sin embargo, hay que reconocer que las masas campesinas africanas carecen de la más elemental conciencia política. Perviven en ellas las convicciones y prejuicios tradicionales, permanecen fieles a su herencia cultural y, en este sentido, todo intento de convertirlas en clase revolucionaria constituye un intento utópico. Como resumen se podría concluir diciendo que la clasificación dicotómica de clases (burguesía-proletariado) no es, ni aproximativamente, aplicable en las estructuras campesinas africanas.

Ahora bien, la constatación de esa realidad pantea otra cuestión: ¿En que en las ciudades ocurre lo mismo? ¿Es que no existen procesos de industrialización que, de algún modo, generen una conciencia de clase proletaria? ¿Es que no existe una burguesía ciudadana?

Al contestar en sentido afirmativo se podrían inducir, quizá falsamente, una serie de hechos. Sería, por ejemplo, el caso de Zambia, donde, como demuestra S. van der Horst en *African Workers in Town*,²² en los años cincuenta el 28'60% de la población nativa de Broken Hill y el 24'8% de la Ndola, que llevaban viviendo más de 10 años fuera de las áreas rurales, poseían, en cierto modo, conciencia de clase. No se puede negar tampoco la importancia que en la formación de una incipiente conciencia proletaria podrían jugar factores como el desarrollo de implantaciones industriales o la misma actividad de las compañías mineras. Igualmente, respondiendo

²¹ Worley, *op. cit.*, p. 128.

²² S. van der Horst, *African Workers in Town*, Oxford Univ. Press, 1961, págs. 42-45.

a un elemental proceso de cambio de la tradicional estructura social africana aparece el crecimiento cuantitativo de las ciudades en los últimos cincuenta años. A título indicativo, en el gráfico que insertamos a continuación, puede delatarse este proceso:²³

Crecimiento de la población urbana en algunas ciudades africanas

Dakar (Senegal)	30,000 en 1926	205,000 en 1953
Lagos (Nigeria)	99,700 en 1921	230,000 en 1950
Accra (Ghana)	38,400 en 1921	135,000 en 1948
Abidjan (Costa de Marfil)	17,500 en 1936	86,000 en 1951
Freetown (Sierra Leona)	44,100 en 1921	85,000 en 1953
Saint-Louis (Senegal)	32,000 en 1936	63,000 en 1949
Conakry (Guinea)	13,600 en 1936	52,700 en 1951
Porto-Novo (Dahomey)	21,643 en 1928	33,525 en 1951
Bathurst (Gambia)	9,400 en 1921	19,600 en 1951

Ahora bien, sería erróneo deducir de lo que acabamos de exponer la existencia en África de una evolución de conformación clasista y de una consolidación en ciertos lugares, aunque a niveles mínimos, de una estructuración social clasista. A ello se oponen, básicamente, tres órdenes de motivos:

1) La existencia de economías atrasadas, con reducidos contingentes por ello de población activa no sólo en el sector privado, sino también en el sector público. Y aunque el crecimiento de algunas ciudades haya sido notable en los últimos años, no es menos cierto que la población activa africana continúa siendo eminentemente rural. En 1953, por ejemplo, sólo había en Sudán 24,831 obreros industriales. Y en Tangañica sólo un 2% de la población vivía en las ciudades.²⁴ El gráfico que incluimos a continuación es suficientemente expresivo y confirmatorio de lo que decimos.²⁵

2) Las dificultades de integración en las formas de vida ciudadana de la población procedente de ambientes rurales, Worsley dice a este respecto: "Muchos de los inmigrantes son recién llegados. Desde luego, mantienen estrechos vínculos con sus regiones rurales

²³ Datos procedentes del libro de Banton, *West African City*, recogidos por Worsley, *op. cit.*, pág. 151.

²⁴ Worsley, *op. cit.*, p. 144.

²⁵ Datos recogidos del libro de Hodgkin, *op. cit.*, pág. 118.

Fuerza de trabajo en algunos países africanos

	<i>Cantidad de asalariados</i>	<i>% del total de población</i>	<i>Número de sindicatos</i>
Africa Occidental Francesa	350,000	2.0	70,000
África Ecuatorial Francesa	190,000	4.2	10,000
Camerunes franceses	125,000	4.0	35,000
Nigeria (y Camerunes británicos)	500,000	1.5	150,000
Costa de Oro	200,000	4.5	25,000
Sierra Leona	80,000	4.0	20,000
Gambia	5,000	2.5	1,500
Congo Belga (y Ruanda-Burundi)	1.000,000	8.5	6,000
Uganda	280,000	4.0	1,500
Kenya	450	8.0	32,000
Tagañica	400,000	6.0	400
Somaliland británico	2,000	0.3	ninguno
Somalia	25,000	2.0	3,700
Zanzíbar	5,000	4.0	900
Rodesia del Norte	250,000	13.0	50,000
Niasaland	120,000	5.0	1,000
Rodesia del Sur	530,000	24.0	ninguno
Sudán	200,000	2.0	100,000

nativas. No son ciudadanos comprometidos de ninguna manera. De hecho van a la ciudad, pero con el propósito de regresar al hogar. Para ellos la vida ciudadana sólo representa un interludio. Sin embargo, el interludio a menudo dura años, incluso décadas. Pero los hombres que sí permanecen en la ciudad, atrapados por ésta, los rojos (llamados así por la costumbre rural de embarrarse los cuerpos y los vestidos con ocre) todavía piensan básicamente en términos de los valores de la sociedad rural tradicional, y aún después de décadas de vida ciudadana, nunca son completamente urbanizados.”²⁶

3) Por último está el hecho de la ausencia de una clase capitalista indígena. Hay leves conatos de su existencia. Pero los autores coinciden en afirmar que un capitalismo indígena no se ha desarrollado todavía. Es claro que las economías de algunos países están dejando de ser economías de mera subsistencia. La economía mone-

²⁶ *Op. cit.*, pág. 148.

taria nacional e internacional aumenta progresivamente. Según Hunter²⁷ hacia 1950, el 79% de la población masculina adulta de Ghana, el 43% de la Nigeria y el 30% de la de Kenya estaba envuelta por la economía monetaria. Estos cambios —en lo que a aumento de la actividad comercial se refiere— se reflejan por ejemplo en los datos suministrados para el período 1950-1957 por las Naciones Unidas y que reproducimos a continuación:

*Distribución del comercio de algunos territorios africanos,
1950-57; porcentaje de comercio total*

		<i>Importaciones %</i>	<i>Exportaciones %</i>
Comunidad del África francesa ^a	Comercio con la zona del franco francés	74.7	75.3
Congo	Comercio con Bélgica	37.1	52.7
Zona africana de la libra esterlina ^b	Comercio con la zona de la libra esterlina	66.7	63.6
Zona africana de la libra esterlina ^b	Comercio con el Reino Unido	46.0	51.0
Unión Sudafricana	Comercio con la zona de la libra esterlina	45.9	51.0

Ha surgido así, una clase de comerciantes africanos entre los cuales —como señala Hunter—²⁸ algunos son indudablemente ricos y otros poseen una riqueza moderada. De los 10,000 comerciantes que operan en Kumasi, Ghana, por ejemplo, 150 tienen un movimiento de 500 a 2,000 libras esterlinas al año y unos cuantos llegan a las 100,000 libras esterlinas. Sin embargo, como reconoce el pro-

^a Camerunes franceses, África Occidental Francesa, África Ecuatorial Francesa, Guinea, Madagascar.

^b Federación de Rodesia y Niasaland, Kenya, Tangañica, Uganda, Nigeria, Sierra Leona, Mauricio. FUENTE: Naciones Unidas, *Economic Survey of Africa since 1959*, págs. 154-57.

²⁷ Hunter, *op. cit.*, capítulos 4 y 6.

²⁸ Hunter, *op. cit.*, pág. 135.

pio Hunter, el término burgués o aun pequeño burgués difícilmente puede ser usado para describir la masa de pequeños comerciantes y vendedores tales como son los que forman el grueso del comercio del África Occidental.

De la misma manera que en el ámbito rural resultaba inaplicable la dicotomía de clases, en el ámbito urbano, industrial y comercial, esa dicotomía, por la ausencia justamente tanto de cuadros burgueses como de cuadros proletarios con mentalidad proletaria, resulta inoperante.

Ahora bien, como observa con agudeza Bottomore,²⁹ la ausencia de una clase indígena de hombres de negocios, la ausencia de una burguesía con un asentamiento social claro y definido, ha potenciado considerablemente en los países del Tercer Mundo el predominio de los intelectuales y de los funcionarios que se convirtieron así en clase dirigente. Analizar el papel, composición y estructura de estas clases dirigentes es pues ineludible e indispensable.

Las clases dirigentes

Al hablar de las clases o clase dirigente en el mundo africano una primera constatación se impone. Es la siguiente: que de igual manera que el esquema clasista elaborado por el marxismo no es aplicable, tal y como decíamos en páginas anteriores, a sociedades con un tipo de estructuración radicalmente diferente al de la sociedad industrial desarrollada, la teoría de las élites, de las minorías directoras de clases dirigentes tampoco lo es. Ahora bien —y aquí reside la gran paradoja que, por lo común, no han comprendido los sociólogos africanistas— mientras la teoría marxista de las clases resultaba inoperante por no darse los supuestos reales que pudieran hacer efectiva su virtualidad (ya aludimos a la inexistencia de un proletariado activo y de una burguesía consolidada), la teoría de las clases dirigentes, cuando se intenta aplicar a los países del África Negra, se ve desbordada en los principios y categorías que constituyen su fundamentación por la propia realidad. Precisamente porque en esos nuevos Estados las clases dirigentes constituyen, en el orden práctico, el único supuesto de estructuración social moderna, la teoría de las clases dirigentes en su versión tradicional no sirve. Aparece de este modo una contradicción notable que convendrá especificar más detenidamente.

²⁹ Bottomore, *Minorías selectas y sociedad*, Gredos, Madrid, 1965, pág. 121.

Cuando en la historia del pensamiento político y sociológico occidental se elabora, singularmente a través de los trabajos de Mosca, Pareto, Michels, etc. la teoría de las élites, la existencia de grupos sociales dirigentes en oposición a la gran mayoría social (no dirigente), se fundamenta, en última instancia, no en función de las condiciones materiales que de hecho separan a los hombres, sino en virtud del dominio, de la ambición o del poder que unos hombres son capaces de ejercer sobre otros. Como acertadamente expuso Mannheim es en el campo psicológico donde, en última instancia, los teóricos de las élites buscan su gran justificación. Y en la medida en que se salen de este campo y explican el fenómeno del mando como producto y consecuencia de una realidad social, dejan de ser elitistas. Sería el caso de Wright Mills, quien, habiendo compuesto uno de los libros más importantes sobre el tema (nos referimos a la élite del poder) no puede, sin embargo, ser juzgado como un elitista. Por el contrario sí lo son un Scheler, un Monnerot o un Burnham, quienes, fieles a la impostación clásica del problema hacen sus formulaciones desde un claro perspectivismo psicológico. La ambición, la envidia, el deseo de poder toman así una importancia superior a las condiciones históricas objetivas que permanecen olvidadas.³⁰

Ahora bien, cuando se estudia la realidad del África Negra se percibe inmediatamente que la formación de las clases dirigentes con el sentido peculiar que allí tienen, obedece más —y se podría añadir que casi exclusivamente— a las formas de configuración y a la evolución de la estructura social que a motivos psicológicos de ningún tipo. Entre otras cosas porque al no ser el poder político a nivel social competitivo, dada justamente la ausencia de concientización social y política de carácter clasista, no tiene sentido hablar de dominación y de deseos de dominación en unas formas de sociedad donde no existe el oponente. De aquí deriva que el aparato conceptual y las distinciones entre clase dirigente de gobierno y clase dirigente no de gobierno, entre élites sociales y políticas tal y como desde Mosca y Pareto vienen señaladas resultan absolutamente inservibles. Solamente en la medida en que, a consecuencia de su proceso de desarrollo, las sociedades africanas —como tendremos ocasión de ver— se van acoplado a los modelos de la sociedad occidental, la teoría de la clase dirigente comienza —según su for-

³⁰ Monnerot, *La sociologie du communisme*, Paris, 1949, págs. 461-505. Scheler, *L'homme du Ressentiment*, Paris, 1958, pág. 145.—Burnham, *Pour la domination mondiale*, Paris, 1947, págs. 324 y ss.

mulación clásica— a tener validez. Pero ocurre entonces que dicha teoría se justifica no científicamente sino que, convirtiendo un hecho en valor (esto es, que haya un grupo de dirigentes) adquiere una dimensión ideológica clara. Las clases dirigentes dejan de ser un simple resultado de una determinada evolución social al que como tal resultado la ciencia debería limitarse a constatar y explicar, para pasar a ser un instrumento de potenciación política de una ciencia social interesada. Todos los intentos de modernización política de los escritores no marxistas se apoyan sobre estas bases. Y lo que resulta aún más chocante y paradójico —por no haber comprendido lo que acabamos de decir— es que los propios escritores marxistas incurrir en la misma falacia, aunque de sentido contrario. Esto es, que al criticar a las clases dirigentes y a sus formulaciones teóricas lo hacen desde los mismos moldes y estereotipos con que realizan la crítica de estos fenómenos en la sociedad occidental, olvidándose que por su origen, por su estructura, por su composición y objetivos, las clases políticas africanas (por emplear la terminología de Mosca) nada tienen que ver con las así llamadas en la sociedad capitalista desarrollada. Es el caso de Ziegler, por ejemplo, al aceptar la definición de clase dirigente propuesta por la Asociación Francesa de Ciencia Política en su mesa redonda sobre el tema en 1963.³¹

Naturalmente, a la vista del carácter interesado e ideológico que el elitismo africano está pasando a tener en el momento actual una norma de elemental prudencia y honestidad científica obliga a que la descripción e interpretación del fenómeno se haga desde sus perspectivas reales y no desde sus implicaciones teóricas. En este sentido dividiremos nuestra exposición en dos apartados que, aunque someramente, trataremos por separado. En primer lugar, estudiaremos el nacimiento y formación de las clases dirigentes. En segundo lugar, analizaremos su papel en las luchas políticas africanas.

Algo que parece evidente es que todo intento de explicación de las nuevas “élites” africanas, sin tener para nada en cuenta el hecho de la independencia, ha de resultar, por fuerza, banal. La mayoría de los autores coinciden al afirmar la necesaria correspondencia entre ambos fenómenos. “La lucha por la independencia

³¹ Se definió así: “La clase dirigente es la minoría delimitada, coherente, consciente de sí misma y que, detentando el poder, usa o abusa de su situación privilegiada para explotar u oprimir a las masas, defendiendo mediante una acción colectiva los intereses particulares de sus miembros.”

—escribe Mercier, por ejemplo— fue conducida no por una burguesía propiamente dicha, ni por una aristocracia tradicional en cuanto tal, sino por lo elementos comúnmente denominados ‘évolués’ o ‘lettrés’, los cuales han formado, sin ningún género de duda, la clase dirigente y el aparato político de los nuevos Estados.”³² Quizá como excepciones a esta regla general se podrían citar los casos de Nigeria, de Uganda o de Zambia donde permanecieron residualmente las aristocracias tradicionales. Recordemos, en este sentido, el reino de Buganda o el de Barotseland. Sin embargo, esto no quita para que la afirmación de Mercier, resulte, en términos amplios, rigurosamente exacta.

Problema diferente es el de si esos elementos “évolués” o “lettrés” que condujeron la independencia pertenecían a los estratos más elevados de la tradicional sociedad africana. Worsley, por ejemplo, no duda en afirmarlo. “La nueva élite —dice— surgió a menudo de los estratos tradicionales superiores.”³³ Lo que significa, no obstante, que esas nuevas élites representaran de una manera absoluta la mentalidad tradicional. Al contrario, sus fuentes de poder y de prestigio social provienen —como el propio Worsley reconoce— de su condición de hombres educados, lo que permite hablar de una nueva *intelligentsia* que, en cuanto tal, tanto a nivel social, como a nivel político se justifica por sí misma, sin necesidad de tener que recurrir a ningún otro tipo de apelaciones ideológicas. Se comprende así el papel de los intelectuales, sin duda fundamental, en la primera fase de la vida política independiente de la mayoría de los países africanos. Que este papel del intelectual fuera luego sustituido por los militares es algo realmente importante y que abre un capítulo nuevo de la sociología política africana en el que ahora no entraremos. Lo que importa recalcar ahora son los supuestos abstractos, expresados en términos de prestigio social, que fundamentan, en un principio, las clases dirigentes. Con lo cual se destierra la postura más o menos influida por el marxismo que para justificar la tensión de clases, no duda en configurar la existencia de una burguesía africana que, como clase dominante y privilegiada, se convertiría así, a raíz de la independencia, en sustitutiva y beneficiaria de la explotación que con anterioridad ejercitaran los colonos. De este modo las tensiones colonizadores-colonizados,

³² P. Mercier, *Les classes sociales et les changements politiques récents en Afrique Noire*, en “Cahiers Internationaux de Sociologie”, vol. XXXVIII, 1965, pág. 146.

³³ *Op. cit.*, pág. 135.

adquirían modernamente el carácter de auténtica lucha de clases entre dirigentes (burgueses) y pueblo.

El carácter mixtificador e ideológico de la interpretación marxista se deduce del simple análisis de las profesiones de los miembros del Parlamento de varios países africanos, tal y como se detallan en el cuadro que reproducimos a continuación.³⁴

En el mismo sentido Blanchet³⁵ indica que con ocasión de la histórica conferencia de la RDA celebrada en Bamako del 25 al 30 de septiembre de 1957, el 60% de los delegados estaban en el servicio público: de los 254 delegados, 83 eran administradores, 44 maestros y 35 funcionarios sanitarios.

Queda patentado de este modo un hecho notable que, al menos en su nacimiento, será exclusivo y propio de las élites africanas: su desconexión con cualesquiera otras formas de dominación social y económica. Mientras en los países desarrollados las clases dirigentes tienen, ante todo, un asentamiento social y económico, las clases dirigentes de los países africanos, al menos en los momentos que siguieron a la independencia, carecen totalmente de poder económico. De aquí derivan una serie de consecuencias que se podrían expresar en los siguientes puntos:

1) Al no existir una diferenciación social de las élites, derivada de la unificación y falta de complejidad de las propias sociedades, se produce una irrevocable uniformidad de intereses que acarrea, como consecuencia, las tendencias unificadoras de los grupos dirigentes. Se explicaría así, en el orden político, la propensión al unipartidismo como reflejo de la peculiar estructuración social. La tipología de Arón³⁶ cuando habla de élites unificadas, frente a las élites divididas de la sociedad occidental sería perfectamente aplicable al mundo africano.

2) La distinción tradicional entre élites de gobierno y élites sociales, entre clase social dirigente y clase política es inaplicable a la sociedad africana. La imposibilidad de unas clases dirigentes sociales se traduce en el hecho de que sólo cuenten las clases políticas (empleando la terminología de Mosca). Psicológica, económica y socialmente Worsley explica este fenómeno con las siguientes palabras: "En los países atrasados, en los que los negocios se han

³⁴ Cuadro sacado de Hunter, *op. cit.*, p. 285.

³⁵ Blanchet, *L'itinéraire des partis africains depuis Bamako*, Paris, 1961, pág. 23.

³⁶ R. Aron, *Social Structure and the Ruling Class*, "British Journal of Sociology", I, pág. 10.

Ocupación previa de los miembros del Parlamento de varios países africanos

	Comerciantes y			Funcionarios ^a	Profesiones ^b	Agricultores y pescadores	Jefes de aldea o locales	Empleados y coopera- tivistas	Misceláneos ^c
	Maestros	Negociantes	Abogados						
Nigeria:									
Federal	98	44	23	87	20	8	1	15	5
Este	34	17	5	9	13	4	1	1	2
Oeste	43	34	14	7	6	4	—	6	7
Norte	26	16	—	76	3	2	7	—	2
Ghana	38	24	9	22	7	6	—	—	3
Kenia	19	4	2	5	3	4	—	—	4
Tangañica	11	7	—	7	1	1	3	6	12
Uganda	21	6	5	8	2	—	—	6	4
Senegal	21	9	12	23	5	—	—	5	4
Mali	22	8	1	9	13	—	—	20	4
República del Congo	18	9	—	—	6	3	—	13	9
Total	351	178	71	253	79	32	12	72	56

^a "Funcionarios" incluye a las autoridades nativas, pero "amanuense" se incluye en "Empleados".

^b "Profesores", incluye médicos, periodistas, ingenieros, eclesiásticos, veterinarios.

^c "Misceláneos", incluye artesanos, capataces, unos cuantos tradeunionistas, un organizador político y algunos "desconocidos".

desarrollado poco, las únicas salidas a disposición, por lo común, del ambicioso y del capaz, están en el servicio público.”³⁷

3) Dada la especial configuración de las clases dirigentes africanas, al menos en un primer momento, las situaciones conflictivas suelen ser mínimas. Y ello, a un doble nivel: en primer lugar, en cuanto su unificación social determina la unificación ideológica de sus componentes y, en segundo lugar, en cuanto las tensiones entre pueblo y élite no se conciben. Al no existir tampoco en este caso confrontaciones de intereses se produce inexorablemente un acercamiento entre ambos. El testimonio de Clément contando la llegada de Lumumba a la aldea de Kasai es singularmente revelador a este respecto. “Todo el mundo —dice Clément— le esperaba (a Lumumba). Fue vitoreado en triunfo. Toda la aldea estaba allí... La noticia se esparció como reguero de pólvora. Llegó rápidamente a las aldeas vecinas. La emoción desbordaba. La alegría llegaba a todos los rincones. Durante más de un mes observé a mi amigo (Lumumba) vivir en los lugares de su niñez. Tenía una palabra para todos, preguntaba por todos y por todo; en todas partes se les invitaba. Ahora era un ‘señor’.”³⁸

Ahora bien, si como señalábamos en páginas anteriores la lucha de clases no puede ser instrumento de explicación de los conflictos africanos, y si como acabamos de indicar en este momento, las clases dirigentes no están asentadas tampoco en unos supuestos estructurales conflictivos, la pregunta que se impone es: ¿qué sentido tiene y qué justificación puede encontrarse a los múltiples complots, insurrecciones, golpes de Estado, asesinatos que asuelan el continente africano en los últimos diez años?

Para responder a esta pregunta, quizá el único camino adecuado sea señalar, aunque sea de pasada, las transformaciones operadas en las clases dirigentes a raíz de la independencia hasta el momento actual. Desde una interpretación simplista, y a nuestro juicio inadecuada, algunos sociólogos han pretendido encontrar en “la circulación de las élites” paretiana el módulo explicador de todos aquellos fenómenos. Sin embargo, no se trata tanto de una sustitución de unas élites por otras, de unas clases dirigentes por otras, como de la aparición de una serie de factores nuevos que han hecho que los principios y supuestos en que se asentaban las clases dirigentes, en un primer momento, hayan cambiado.

³⁷ *Op. cit.*, pág. 132.

³⁸ P. Clément, *Patrice Lumumba: Stanleyville, 1952-53*, Paris, “Présence Africaine”, 1962, vol. XL, pp. 69-70.

Analizar la naturaleza y el sentido de esas transformaciones probablemente constituya el único medio no sólo para delatar la situación presente de las élites en los Estados que recientemente consiguieron la independencia, sino además, el camino más propicio para interpretar el proceso político y social de los mismos. Sin embargo, la falta de material empírico, de una parte, y la coactualidad de la temática por otra, impide, como sería necesario, un estudio detallado de este punto. En todo caso, nos limitaremos a una serie de observaciones, deducidas de los trabajos más recientes, que nos parece conveniente recordar.

Con indudable intuición indicaba Ziegler hace ya unos años que “dos políticas se proponían como posibles a la clase dirigente: o bien la clase dirigente, desde un punto de vista egocéntrico operaba en su propio beneficio... o bien, permaneciendo fiel a su misión inicial reconocía la necesidad de un desarrollo económico rápido y se colocaba a su servicio”.³⁹ En el fondo era la misma disyuntiva ante la que, en su Comunicación al Coloquio sobre las vías africanas del socialismo, celebrado en Dakar en 1962, se colocaba Kouyaté, para concluir: “si las élites se aburguesan, estaremos ante una regresión en el plano histórico”.

Resulta difícil a nivel general emitir juicios de valor en este sentido. Faltan en definitiva datos suficientes. Sin embargo, es un hecho que en Costa de Marfil, en Dahomey o en Nigeria, por ejemplo, los dirigentes han querido consolidar su poder político sobre la base del enriquecimiento habiendo pasado en pocos años a ser propietarios de grandes propiedades de tierra o de numerosos inmuebles.⁴⁰ Hay un texto de C. Obama publicado ya en “Jeune Afrique” de enero de 1964 claramente revelador a este respecto. Dice así: “Acceder a la Magistratura suprema equivale a tener libre acceso a la gruta de Aladino. En el fondo se piensa que, sin control, se puede operar a voluntad. Y así ha ocurrido... Para honrar a sus países se erigen palacios fabulosos... Pronto aparece la necesidad de dinero. Y entonces se piensa en el pueblo, pero es para aumentar los impuestos sin aumentar los salarios.” A nivel literario se delata un hecho de una profunda significación: los supuestos ideológicos y estructurales que configuraron a las élites africanas en el momento sucesivo a la independencia están cambiando. Frente a la imagen de un poder profesionalizado que no producía ri-

³⁹ *Op. cit.*, pág. 47.

⁴⁰ Conf. P. Mercier, *op. cit.*, pág. 151.

queza, se configura la imagen de un poder que no sólo crea prestigio sino que, como dice Balandier, produce dinero. Con lo cual las peculiaridades de la política, la sociedad y los líderes africanos se pierden. La lucha por el poder —al estilo clásico— se convierte en el principal motor de la vida política. Y como decíamos al comienzo de este epígrafe la teoría de la élites, con su profunda versión maquiavélica, tal y como la entendiera Burnham,⁴¹ comienza a tener sentido. Que los acontecimientos políticos africanos de los últimos tiempos puedan interpretarse como consecuencia de la lucha de las minorías por el poder, no quita, sin embargo, para seguir reconociendo que se trata de minorías que, occidentalizadas en su ambición, no tienen el contrapeso de los poderes sociales con que las élites operan en occidente. Y en este sentido, toda fundamentación y justificación de su actividad ha de resultar por fuerza mucho más ideológica y científicamente inservible que las justificaciones minoritarias occidentales.

⁴¹ La vinculación entre elitismo y maquiavelismo se pone de relieve en la obra de Burnham, *Los maquiavelistas modernos*, donde, con este asombroso y exacto calificativo se analiza la obra de Mosca, Pareto, Michels, etc.